



Marino Muñoz Lagos

Columnas de opinión

Muerte de Edilberto Domarchi

Ultimamente murió en Chillán el querido y recordado poeta Edilberto Domarchi, quien fuera por largos años profesor del liceo de hombres de la ciudad sureña. Su muerte nos ha conmovido profundamente, pues fuimos amigos en la poesía y en el afecto, pese a la gran distancia que nos esperaba. Sin embargo, nunca faltaba el poema que llegara a las manos o la carta amistosa que nos uniera a través de este extenso y delgado territorio que se llama Chile.

Edilberto Domarchi Villagra había nacido en Linares el 24 de febrero de 1924 y cursó sus estudios primarios en la Escuela Superior de Hombres N°3 de su ciudad natal y los secundarios en su Liceo de Hombres. Más tarde se dirigió a Santiago, donde ingresó a la Escuela Normal Superior José Abelardo Núñez, titulándose de profesor normalista. Pero antes de serlo, ya destacaba por su pasión literaria en el campo sonoro y melancólico de la poesía:

Sus versos, sencillos y afectuosos, entran en el alma del lector que sabe distinguir sus líneas amables. Veamos, por ejemplo: "Bebo un vaso de vino con mi padre,/ que fue bebido por el abuelo alegre / en inviernos lejanos,/ sonidos de sangre y de leyenda / sus palabras amadas,/ ¿en qué solar descansará / el aroma de aquel instante eterno?"

El poeta se radicó en Chillán, ciudad donde obtuvo numerosos premios literarios de carácter nacional. Y aquí también publicó sus libros de poesía, entre los cuales destacamos "perfiles de las sombras Claras" (1963), "Los esclavos del Faraón Chepos" (1963), "El tiempo y el fuego" (1966), "Vida de perros" (1970), "Caballo cojo arrienda fonógrafo" (1972), "El viejo armonio" (1977), "Fábulas y oniromancias" (1983) y "El hombre flamígero y florido"

(1986).

De las páginas de su libro "El viejo armonio" arrancamos este breve poema que dice: "Tú fuiste la morada de mi amor, / del embeleso mío, la flauta y el oboe,/ la canción del viento en la colina,/ la llama que alumbró el abismo,/ el agua clara que limpió / mi profecía absurda de tu olvido, / el tiempo feliz que vuelve a cada instante,/ la precisión floral / del equinoccio en la orola verde / y tus ojos profundos de alga y mar,/ el cáliz de coral de tu albo cuerpo".

Casi toda la poesía de Edilberto Domarchi está nimbada por el viento negro de la muerte. Hay en ella una premonición que nos lleva de la mano entre el vino y la lluvia, el ángel y el relámpago, el amor y el olvido. Y ahora, cuando lo evocamos desde la lejanía, volvemos a los momentos en los cuales anduvimos juntos por las calles polvorientas de Chillán en busca de la sombra poderosa de los árboles estivales. Tiempos que nos sirvieron para medir la distancia entre el jolgorio y los silencios, visible antesala de la muerte.

"Me he puesto a beber con los viejos poetas,/ hemos recordado a los amigos fantasmas que nos rondan,/ los ojos expresivos de sus bellas mujeres / y de nuevo pedimos otra copa al tabernero".

Trayéndolo amistosamente a la memoria, recobramos el genio y la figura de nuestro querido poeta Edilberto Domarchi, ahora que es invierno y cae la nieve parsimoniosamente por la ventana. Y en el año de los tiempos idos, alzamos la copa solidaria que nos trae ese invisible tabernero de los adioses consumidos, mientras escuchamos el pitazo de un tren que pasa con los amigos muertos.